

BREVE

Intentaba circular lentamente y mientras lo hacía recapitulé cada uno de los encuentros anteriores.

Me vinieron a la memoria los años de facultad cuando la veía rodeada de sus amigas, siempre tan centrada, daba la impresión que estaba permanentemente vigilada por su padre y no podía salirse del guión de hija obediente, estudiosa, perfecta.

Los chicos de la época clasificábamos a nuestros propios compañeros y no podíamos mezclarnos con el grupo de las empollonas, ni con el de las sosas, el de los borrachuzos o el de los futboleros. Cada grupo, perfectamente delimitado, mantenía su particular endogamia no permitiendo más que saludos, peticiones de apuntes y alguna mirada furtiva.

Al poco de terminar coincidimos en una entrevista cuando ambos estábamos a la búsqueda de nuestro primer empleo. La meta del bufete de mayor renombre nos hizo rivalizar en pruebas comunes de comunicación y liderazgo. Naturalmente ella ganó.

Nuestra ciudad es pequeña, de no más de 15 iglesias, en una esquina de Castilla en la que cada parroquia define con exactitud la clase social de sus feligreses. Lo digo porque la vi cuando mi hijo Diego y sus compañeros de colegio hicieron su primera comunión.

Ya no había compañeros de facultad, no había rivalidad y hacía dos años de la separación de mi mujer. Fue sencillo y natural, me dio la impresión de que agradecía que me hubiera presentado a ella porque aunque era la comunión de su sobrina, no terminaba de sentirse a gusto. Quizá rehuía justificar ante su familia su mantenido celibato.

Me recordó que este sábado se celebraba el décimo aniversario de nuestra promoción. Se había organizado una cena con los compañeros y en minutos habíamos concertado ya la cita. Yo pasaría a recogerla.

Y he pasado. Y cuando le he abierto la puerta del coche me lo ha agradecido con un beso, leve, suave, aromático.

Y en mi cabeza se han amontonado los pensamientos. ¿Ha sido un saludo? ¿Ha sido la promesa de algo más? No debo pensar más, apenas me da tiempo a intentar mantener una conversación inteligente.

Y aparcamos y hemos entrado ya en el restaurante y hemos saludado a algunos de mis amigos y a alguna de sus amigas y seguimos juntos. El camarero nos ofrece las bebidas y tomo una copa de cava. Se la ofrezco, la acepta y tomo otra para mí. Brindamos. Se la lleva a los labios sin dejar de mirarme. Luego se alza y me besa. Ha sido otro beso ligero y breve. Pero ella y yo sabemos que no ha sido un beso, ha sido un preludio.

Estamos hablando con nuestros compañeros, estamos cenando, estamos hablando, pero sobre todo estamos esperando el futuro. Suave, aromático, perfecto, perfecta.